

probablemente por muchos años. Mas no podrá ser de otra manera, dadas las condiciones que existieron en la República hace un tercio de siglo, y aquellas que han prevalecido hasta el presente. Pero si se comparan las condiciones entonces existentes con las de ahora, es evidente, aún vistas de una manera causal, la vasta reforma lograda por el gobierno de Díaz en el sentido de purificar las oficinas públicas y la administración de justicia. No hay un solo ramo de la administración que no haya sufrido una gran mejoría respecto á honradez y eficacia. Este mismo espíritu se ha extendido á la administración de los estados y territorios.

Actualmente, nadie, en cualquier punto de México, puede disponer á su albedrío de los recursos de la hacienda pública. Hoy ningún empleado público ni pensará siquiera salir del país, llevando en pos de sí, carros llenos con los caudales de la nación, como fué acusado de hacerlo Sebastián Lerdo de Tejada, cuando huyó de la Capital abandonando la presidencia al aproximarse el ejército revolucionario. ¡Lerdo, el justo, el brillante y honrado, como sus amigos le titulaban! Hoy ningún gobernador del estado, podría, si quisiese, apropiarse para su uso privado y el de su familia, los fondos del estado, sin rendir nunca cuenta de ello.

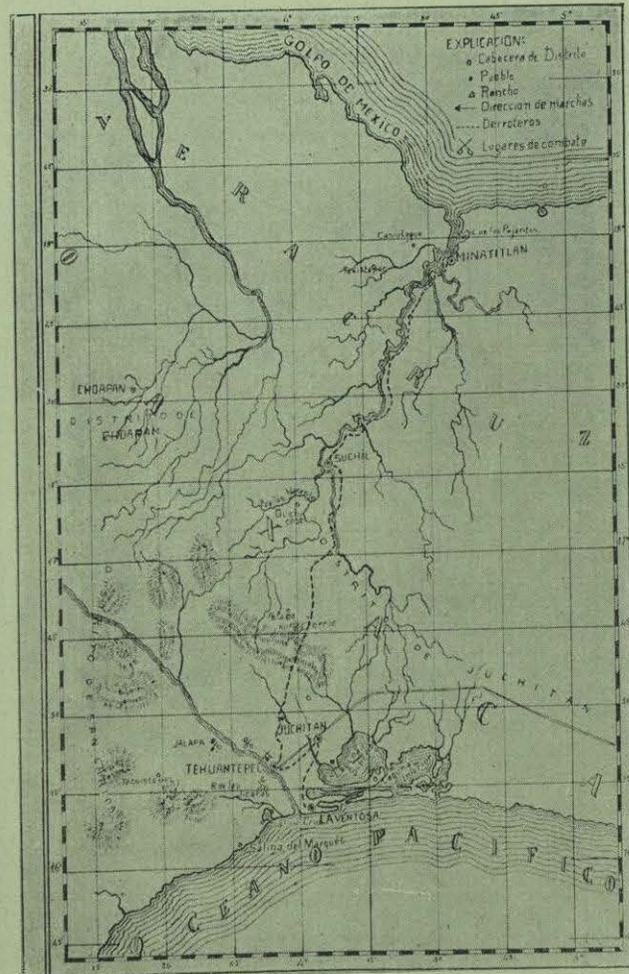
En la actualidad la administración, á través de México es la encomienda de la dirección de un negocio donde se lleva estricta cuenta del dinero recibido y gastado. Para aquellos que están familiarizados con los métodos práctico-comerciales de los países de origen sajón, ésto no parecerá extraño; pero para los que saben lo que era México hace medio siglo, la reforma operada en los asuntos del país y en la administración de las oficinas y cargos públicos es realmente digna de nota.

Fué en Tehuantepec donde Porfirio Díaz principió á ascender en rango militar, porque aún cuando el gobierno lo había dejado prácticamente abandonado á sus propios recursos, no podía haber dejado pa-

sar desapercibido el buen desempeño de su misión como soldado y gobernador civil, siendo su administración una casi constante lucha contra los enemigos del gobierno y del orden público. Rara vez transcurría una semana sin que no ocurriese un encuentro ó refriega de alguna clase en la que, invariablemente, Díaz resultaba victorioso. Muchos de estos incidentes carecían de importancia; pero otros eran verdaderas campañas campales, á resultas de las cuales Díaz cimentó su reputación y aseguró el éxito de la causa del gobierno en Tehuantepec.

Por la victoria decisiva obtenida sobre las fuerzas reaccionarias en la batalla de Mixtequilla, en Julio de 1859, en la que derrotó al Teniente Coronel Espinosa, libertó al Istmo de toda fuerza organizada del enemigo. Este triunfo atrajo la atención del Gobierno sobre su comportamiento y como recompensa fué promovido al grado de Teniente Coronel. Pero más que este ascenso, sus victorias en Tehuantepec le granjearon otro galardón: el cautivar la atención de los círculos militares de México, y su reputación y fama de soldado y como administrador, se extendieron más allá de los confines del distrito que administraba.

Como Tehuantepec era una dependencia de Oaxaca, de la cual formaba parte políticamente, los habitantes de la primera entidad veían con celo á los de la segunda, á quien acusaban de tratar de explotar en beneficio propio los recursos de Tehuantepec. Por su parte, en Oaxaca existía también la misma animosidad hacia Tehuantepec; pero con su táctica diplomática Porfirio Díaz logró apaciguar esta reyerta entre Tehuantepec y Oaxaca é hizo revertir la atención de los habitantes de la primera región de sus predisposiciones locales, á la defensa de la nación contra los reaccionarios y saqueadores, que en esa época habían asolado el Istmo. De este modo, aún cuando él mismo era oriundo de Oaxaca, logró ganar la buena voluntad y admiración de los habitantes de Tehuantepec, muchos de los cuales pelearon al lado



PLANO DE LA CAMPAÑA EN TEHUANTEPEC.

de soldados nativos de Oaxaca contra el enemigo común.

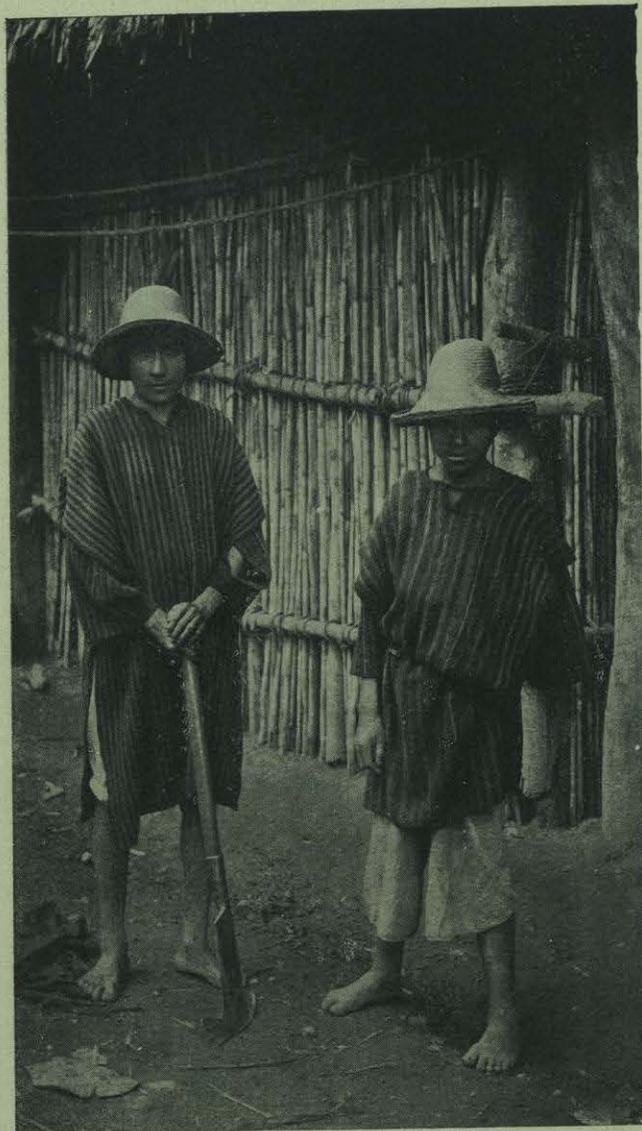
Pero aún cuando el Teniente Coronel Díaz había señaladamente derrotado las fuerzas reaccionarias de Mixtequilla, no había aún terminado su tarea, pues el enemigo continuaba activo.

El General Mejía, Comandante de las fuerzas del Gobierno en el Estado de Oaxaca, sufrió una severa derrota en Teotitlán, en la parte Norte del Estado, y los tres mil hombres bajo su mando fueron puestos en desbandada y dispersos. Cobos ocupó la capital del Estado é invadió todo el territorio comarcano, quedando fuera de su dominio los dos Cantones situados al Sur del Estado: Tehuantepec y Villa Alta, así como Ixtlán, Juchitán y Chapam. En todas partes, excepto las ya mencionadas, protegidas por las operaciones del Teniente Coronel Díaz, eran derrotadas las fuerzas militares del gobierno.

Tan desesperada se hizo la situación para el gobierno de Oaxaca, que puso su esperanza en el Teniente Coronel Díaz, en su comparativamente reducido cuerpo de ejército y en su limitado campo de acción. En esos momentos críticos se recibió orden de México confirmando á Díaz la Jefatura del Cantón de Minatitlán, situado al Noreste de Villa Alta y Tehuantepec y dándole instrucciones sobre el recibo y escolta á través de ese Cantón y del Istmo, hasta Acapulco, de un convoy de armas, municiones y material de guerra, carros de parque, provisiones, pólvora, plomo, cuero, guarniciones, correas de tiro y ropa para los soldados.

Entre otras cosas el convoy comprendía 8,000 fusiles, 2,000 cuñetes de pólvora y una gran cantidad de plomo, todo lo cual era urgentemente necesitado por las autoridades militares que operaban en Guerrero, Michoacán, Jalisco y México, para quienes estaban destinados. Estos pertrechos habían sido obtenidos en los Estados Unidos por conducto de Matías Romero, Ministro de México en Washington, sólo después de esfuerzos persistentes y multitud de

fracasos, porque el gobierno de Juárez no estaba en posibilidad de hacer anticipos de dinero para compras de cualquier clase, y aunque las autoridades de los Estados Unidos simpatizaban con Juárez y los principios que representaba, el gobierno no quería mostrar su simpatía. Por eso fué que sólo después de muchas promesas parciales, negociaciones y el ejercicio de paciente diplomacia, logró Matías Romero adquirir las armas que tanto se necesitaban. De todo esto el Teniente Coronel Díaz tenía amplio conocimiento; también sabía cuan urgentemente necesitados eran esos pertrechos en todos aquellos sitios de México donde los Republicanos mantenían sus posiciones. Pero la noticia de la llegada de esos pertrechos para el ejército liberal con cuarteles en el Sur y Oeste, había llegado á oídos del gobierno reaccionario, que también se hallaba urgido de elementos de guerra. Por lo mismo se destacaron 3 expediciones, desde Oaxaca, Córdoba y Orizaba con órdenes de apresar á toda costa el convoy y presentar batalla á las fuerzas de Juárez donde quiera que se les encontrase. Tan inminente era la situación, tan considerables eran las fuerzas enviadas contra el Teniente Coronel Díaz y tan probable el éxito de las poderosas expediciones lanzadas en su contra, que Juárez y sus ministros dieron por seguro que el convoy de armas caería en poder del enemigo y por ello se libraron órdenes urgentes á Díaz para que inmediatamente destruyese todo el convoy. Pero Díaz conocía demasiado bien cuántas dificultades, demoras y ansiedad había costado el obtener los efectos y armas cuya adquisición había gestionado Matías Romero en los Estados Unidos y los cuales se hallaban en aquellos momentos en Minatitlán. Así, pues, determinó salvarlos á todo evento. Era necesario obrar rápidamente porque Ojeda, Manzano y Trujeque, tres de los más notables jefes del partido reaccionario en el Sur, marchaban rumbo á Minatitlán con 8,000 hombres bien armados, compuestos de infantería, caballería y artillería. Era una fuerza muy superior á



NATURALES DE JUCHITÁN

la que el joven soldado podía esperar reunir; y aún contando con hombres era absolutamente necesario salvar los pertrechos de guerra si quería armar sus propias fuerzas. En adición á esto, existía en Tehuantepec y comarcas adyacentes un fuerte partido que favorecía á los reaccionarios, simplemente porque estaba en su interés hacerlo así. Este partido lo componían los contrabandistas, guerrilleros y el elemento foragido en general, quienes, como ya se ha dicho, habían resentido la actividad del joven comandante en interés del orden y estricta observancia de la ley, y quien hasta el momento de recibir desde Veracruz instrucciones de Ocampo, entonces Ministro de Guerra de Juárez, para destruir los artículos de guerra que se hallaban en Minatitlán, ignoraba el desastre ocurrido á la causa liberal en Oaxaca, porque las comunicaciones en aquellos días eran muy imperfectas entre distritos distantes entre sí como los de Tehuantepec y Villa Alta. Así es que muy á menudo sucedía que pasaban meses enteros sin que Díaz tuviese noticias de la Capital del Estado.

En la empresa que se proponía, la falta de nuevas la hacían más peligrosa, porque estaba obligado á obrar bajo la urgencia del momento y sin disponer de tiempo para prepararse para encontrar á un enemigo más fuerte que él, tanto en hombres como en equipo, y así fué que escribió á Ocampo inmediatamente después de recibir orden para destruir el material de guerra en Minatitlán, que en su concepto no era justo destruir, lo que había sido obtenido con tanto trabajo y teniendo que vencer tantas dificultades, privando así á los soldados de la República de tan importantes y útiles elementos de guerra. Que había, por lo tanto, decía, resuelto intentar poner á salvo los pertrechos en Minatitlán y en caso de no lograrlo estaba dispuesto á asumir toda la responsabilidad, con la esperanza de que el gobierno viese favorablemente su plan si el mismo tenía éxito. Era entonces el mismo Díaz que ahora: siempre pronto á afrontar todos los peligros en un trance desesperado,

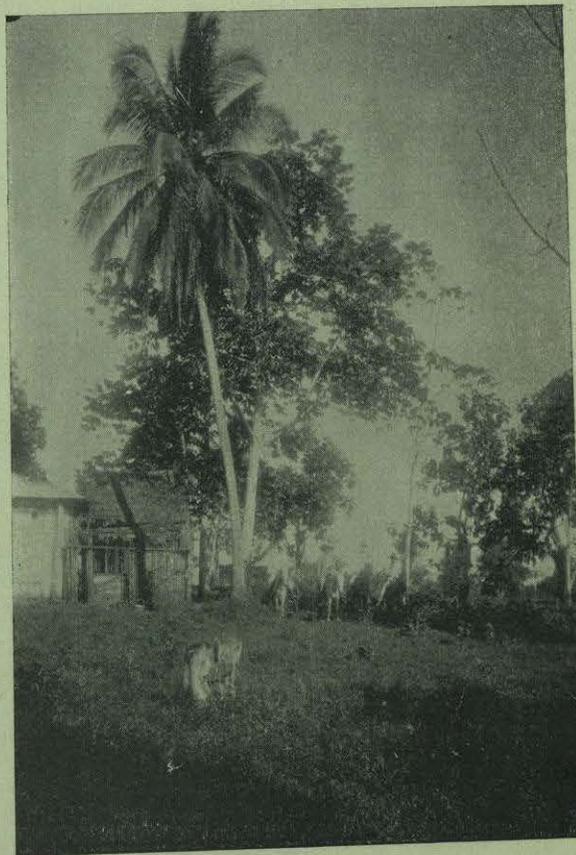
y á aceptar la responsabilidad en caso de que sus proyectos fracasasen. Pero al mismo tiempo que estaba dispuesto á desafiar al peligro no se mostró menos activo en procurarse los medios de hacer aquél lo más pequeño posible, porque siempre era fuerte en recursos y pronto de acción.

En Juchitán, cerca de la ciudad de Tehuantepec, Díaz tenía muchos amigos y á ellos acudió en el momento crítico. Les expuso el por qué los necesitaba, haciéndoles creer que soldados de Oaxaca venían á apresar las municiones de guerra, las que serían usadas contra Tehuantepec por esos mismos soldados. Como entre Juchitán y Oaxaca existía una ardiente rivalidad y los habitantes de un lugar odiaban cordialmente á los del otro, casi todos los hombres capaces de Juchitán y sus alrededores se ofrecieron voluntariamente para ir con Díaz á salvar las armas en Minatitlán y evitar cayesen en manos de los soldados de Oaxaca; importaba poco á los indios el pelear contra liberales ó reaccionarios, su belicosidad era contra el pueblo de Oaxaca.

El conocimiento desplegado por el joven comandante acerca de la situación local y del carácter del pueblo de Juchitán, vino en su ayuda en lo que era aparentemente un trance desesperado y salvaron la situación.

El material de guerra había sido remitido desde New Orleans á bordo del vapor "Suchil," perteneciente á la compañía naviera "Louisiana Tehuantepec," con la condición de que los explosivos deberían ser transportados en otro buque, pues el capitán del primero no quería correr el riesgo de llevarlos á bordo. Así es que los dos barcos esperaban su descarga en Minatitlán. Este trabajo tenía que hacerse prontamente, pues las fuerzas enemigas avanzaban rápidamente sobre Minatitlán, donde sus espías habían ya localizado los pertrechos de guerra de los liberales.

Apresuradamente Díaz reunió sus hombres y á marchas forzadas se dirigió á Minatitlán, situado en



EXPLORADORES LIBERALES EN EL ITSMO.

dirección Noreste de Juchitán, abandonando la ciudad de Tehuantepec al enemigo si éste llegaba entre tanto.

En algunos lugares hubo que abrir caminos, que vadear ríos y estar siempre en constante alerta para prevenir sorpresas. A pesar de estas dificultades el convoy ganó tiempo y llegó á Minatitlán cuando el enemigo aún se encontraba como á 25 millas distante.

No había tiempo que perder. El trabajo que había de ejecutarse era rudo, toda vez que dos buques tenían que ser descargados en medio del río y su contenido llevado á la ribera; todo esto ejecutado en el tiempo preciso para permitir que el convoy se alejase del río antes de que los espías del enemigo lo descubriesen y pusiesen á las tropas de Trujeque en su pista.

De día y de noche se trabajó con todo ardor y tan rápidamente como fué posible hasta que la tarea quedó terminada.

El enemigo se encontraba ya á corta distancia y Díaz sabía que si tomaba el camino usual de Minatitlán á Tehuantepec no podría esperar escapar de ser detenido. Igualmente sabía perfectamente que no podía presentar una batalla victoriosa para él al ejército reaccionario, que además de ser más fuerte que sus soldados, estaba integrado por las mejores tropas de que Cobos podía disponer. Bajo circunstancias ordinarias no habría vacilado en poner en juego sus dotes y conocimientos del país contra la experiencia de las fuerzas militares de Trujeque; pero su expedición á Minatitlán no había tenido por objeto combatir, sino salvar para la causa liberal las armas, municiones y uniformes obtenidos á costa de tanto esfuerzo y espera. Así fué que determinó apartarse del camino real y seguir por senderos y veredas laterales conocidos por algunos de los indios que formaban parte de la expedición. Esto requería abrir en ciertos parajes nuevos caminos y cruzar arroyos.

Los indios con su preciosa carga iban adelante,

en tanto que los soldados cubrían la retaguardia para defender el camino contra las fuerzas enemigas.

No obstante las precauciones tomadas, su derrotero fué descubierto por Trujeque, quien se mantuvo en su persecución durante todo el viaje y Díaz, por lo tanto, tuvo que defender continuamente su retaguardia de los ataques del enemigo. Fué una marcha desesperada; pero el principio había sido una empresa poco más ó menos igualmente desesperada y el joven comandante tenía que adoptar medidas extremas, las que, debido á su determinación, su habilidad en el manejo de sus hombres y su conocimiento de la región, resultaron en su favor y el convoy llegó con seguridad á inmediaciones de la ciudad de Tehuantepec, rumbo á la bahía de Ventosa.

En su ausencia las fuerzas de Cobos habían ocupado á Tehuantepec, sin resistencia, y continuaban aún en posesión de la plaza cuando el piquete liberal llegó á las carcanías. Díaz tuvo noticia por sus espías de la ocupación de la ciudad y se disponía á dar un rodeo, cuando tomó la resolución repentina de recuperar del enemigo su antigua plaza fuerte. Comunicó su determinación á sus tropas, quienes acogieron entusiastas la propuesta. Parecía un designio lleno de audacia y locura el atacar una plaza que, como Tehuantepec, se hallaba tan bien defendida por tropas experimentadas de infantería, caballería y artillería y que disponía de una amplia provisión de municiones de todas clases, en tanto que muchos de los hombres bajo el mando de Díaz eran indios inexpertos que habían ido á Minatitlán con él, más como cargadores que como soldados. Pero su comandante conocía la aversión que el pueblo de Tehuantepec tenía al de Juchitán y confiaba en éste para conducirlos á un ataque nocturno contra su tradicional enemigo.

En las primeras horas de la noche del 24 de Noviembre de 1859, Díaz inició su avance sobre la ciudad de Tehuantepec. Evitó el camino real cruzando veredas y senderos á través de las montañas, pues aquella parte del país le era familiar, siendo su ob-



INDIO DE MINATITLÁN.